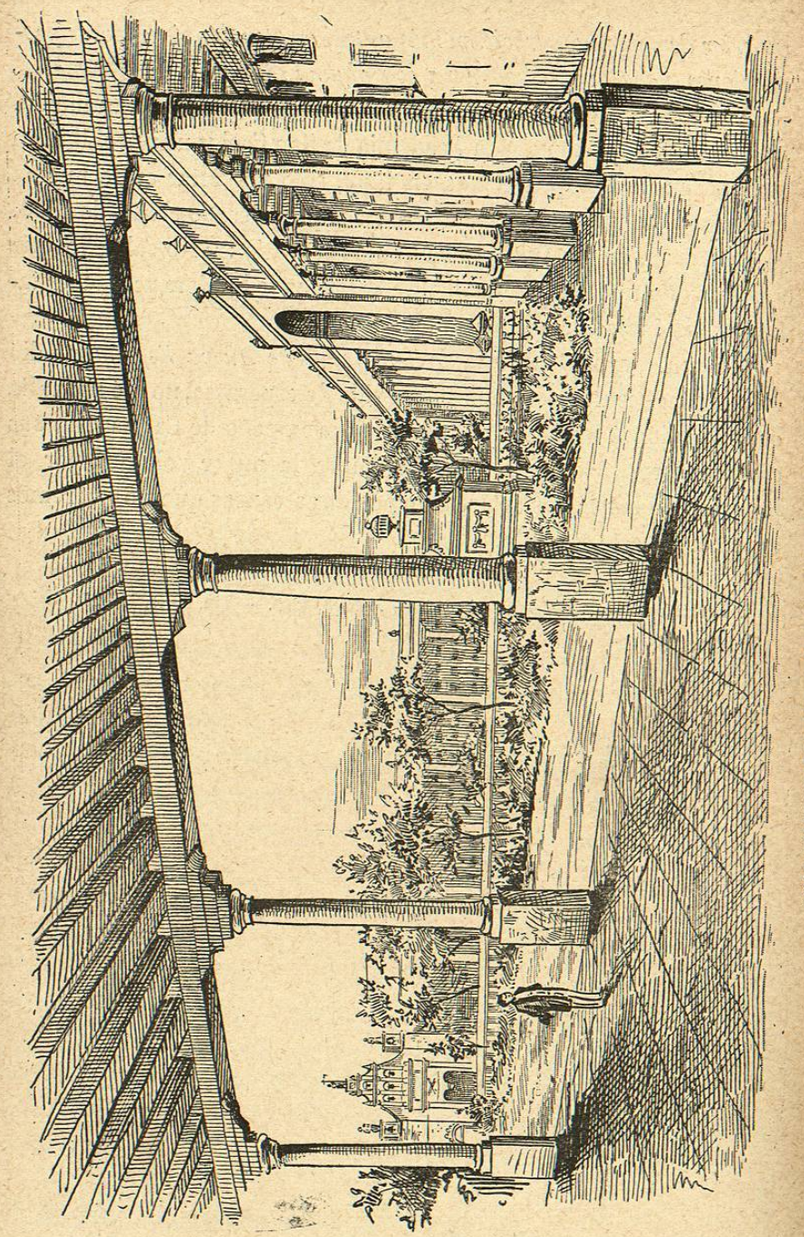

VISTA INTERIOR DEL CEMENTERIO DE SANTA PAULA, HOY DEMOLIDO.

CAPÍTULO LIV

EL CEMENTERIO DE SANTA PAULA

La capital de Nueva España tuvo muchos sitios destinados al último descanso de sus moradores.

Solamente en 1736, cuando la terrible epidemia del Matlatzahuatl, que tantos estragos causó, existían cementerios en Catedral, San Miguel, Santa Catarina, Santa Veracruz, San José, Santiago Tlatelolco, Santa María, San Pablo, San Sebastián, Santa Cruz Acatlán, Santa Cruz Coltzinco, Mistecos, Santo Domingo, Nuestra Señora de la Merced, Hospital Real, Jesús Nazareno, San Juan de Dios, San Hipólito, Espíritu Santo y Nuestra Señora de Belén.

Hubo, además de estos cementerios, situados la mayor parte en los atrios de las iglesias y en el interior de los hospitales, los camposantos de San Juan de Letrán, Candelaria, Xiutenco, San Antonio Abad y San Lázaro.

Es cierto que el año de 1736 fué de epidemia, y con este motivo se dió sepultura á los cadáveres en cuantas partes se pudo ; pero precisamente hemos citado los que existieron en esa fecha para mencionar el mayor número de cementerios que tuvo México durante la dominación española.

Posteriormente se formaron otros nuevos, y uno de los más notables fué el de Santa Paula, del que vamos á ocuparnos.

Santa Paula perteneció en un principio al Hospital de San Andrés, y los enfermos que allí morían eran sepultados en ese camposanto.

Se asegura que se fundó en 1784 por D. Alonso Núñez de Haro, Arzobispo entonces de México; pero no se bendijo sino hasta el año

de 1786, según se lee en la *Gaceta de México*, que en su número 4, del tomo II, refiere el suceso de este modo :

" Habiendo resuelto el mismo Illmo. Señor bendecir el Cimenterio ó Campo Santo, y la Capilla situada en su centro, que con licencia de la Real Audiencia Gobernadora, y á sus expensas ha hecho construir para el Hospital general de San Andrés, que corre á su cargo y al de sus sucesores, en el parage que llaman de Santa Paula fuera de la azequia madre y de toda población, pasó á aquel la mañana del 25 de Febrero último (de 1786), llevando de asistentes á los Señores Dr. y Mro. D. Valentín García Narro, Canónigo Lectoral, Dr. D. Manuel Beye de Cisneros, Canónigo Doctoral, D. Joseph de Hierro, Racionero, y Dr. D. Juan Joseph Gamboa, Medio Racionero de esta Santa Iglesia Metropolitana, y á las puertas de él estaban esperando con sobrepellices, con Cruz, Ciriales y Azetre el Señor Dr. D. Joaquín Rodríguez Gallardo, Examinador Sinodal de este Arzobispado, Rector de esta Real y Pontificia Universidad y Cura propio de Santa María de la Redonda, en cuyo territorio está el referido Cimenterio, sus Vicarios y otros muchos Sacerdotes. Entró S. S. I. en la citada Capilla, hizo oración, y revestido de medio Pontifical, y dichos Señores asistentes con capas pluviales, la bendixo solemnemente. Con igual solemnidad y con arreglo á lo dispuesto por el Pontifical Romano, bendixo después el enunciado Cimenterio, y concluida la bendición, mandó que su Mayordomo y Capellán D. Isidoro Joseph Blanco cantase en dicha Capilla la Misa solemne que previene el insinuado Pontifical. Asistieron á ambas funciones el Señor Dean y casi todos los Señores Capitulares de este M. I. y V. Cabildo, otras Personas de la mayor distinción, é inumerables del Pueblo de todos estados y calidades. "

La capilla citada en la anterior relación, tenía 16 varas de largo, 8 de ancho y otras tantas de alto. Estaba consagrada al Salvador y contenía un retablo y altar para decir la misa y 35 sepulcros para las personas que quisieran ser enterradas allí por humildad.

El cementerio primitivo tuvo 260 varas de largo por 141 de ancho, con un total en cuadro, de 36,660 varas. Estuvo cercado por un muro

formado de paredes de 5 varas de altura, y en él tuvieron los sepultureros sus habitaciones. En la capilla había una campana con la que se tocaba para anunciar al Vicario la entrada de los cadáveres, quien bendecía las sepulturas y celebraba las exequias. Los entierros se hacían de noche.

" Así permaneció (el cementerio) — dice un escritor — hasta el año de 1836, en que de acuerdo el Excelentísimo Ayuntamiento con el Señor Vicario Capitular, que lo era en esa fecha el Illmo. Señor Dr. Don Manuel Posada y Garduño (después Arzobispo de México), fué declarado cementerio general con el título de Santa Paula, comenzando á tener este uso para todos los que fallecieran en la ciudad desde el 19 de Noviembre del mismo año, encargándose la dirección de la obra, que se dispuso tuviera la magnificencia debida á esta población, la primera de las Américas, al administrador del mencionado hospital, D. Vicente García, sujeto empeñoso y el más apropiado para aquella comisión. "

Comenzóse la obra en 1837 ; pero nunca llegó á concluirse del todo y conforme al proyecto aprobado.

En 1867, Santa Paula ocupaba un terreno de 37,500 varas cuadradas, en forma de paralelógramo, cuyos lados mayores de Este á Oeste medían 250 varas, y los menores de Norte á Sur, 150. Entonces tenía dos puertas, una al Oriente y otra al Sur, siendo la primera la entrada principal. Á uno y otro lado de estas puertas se leían poesías alusivas á la muerte.

Entrando por la puerta del Oriente había una calle enlosada, con balaustradas de cal y ladrillo, que contenían urnas para conservar las cenizas. Esta calle conducía á la capilla.

Rodeaban el cementerio corredores techados con vigas y sostenidos por columnas de cantera. Los nichos ó sepulcros estaban colocados en tres series horizontales, formando el muro, que se señalaron con una numeración progresiva, la cual alcanzó hasta el 1,665.

El temblor de 10 de Junio de 1858 arruinó mucho el panteón. Desde entonces comenzó á abandonarse, y aunque se hicieron algunas reparaciones, después el descuido fué tal, que en 1868 se encontraba

en un estado lamentable : no había cuidado, ni aseo, ni vigilancia : la yerba crecía por los pasillos y sepulcros, y en otras partes las ruinas presentaban un aspecto triste y repugnante.

Posteriormente, el panteón se clausuró y poco á poco fué vendiéndose en lotes á los particulares.

Entre las personas ilustres que estuvieron sepultadas en Santa Paula, debemos mencionar, en primer término, á una de las más insignes heroínas de nuestra independencia, Leona Vicario, cuyos restos ocupaban uno de los nichos situados al Poniente, bajo una lápida con esta sencilla inscripción :

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA
DOÑA MARÍA LEONA VICARIO DE QUINTANA
QUE FALLECIÓ EL DÍA 21 DE AGOSTO DE 1842.

Muchos de los heroicos defensores del territorio nacional, durante la época de la invasión norte-americana, yacían también en el cementerio, y como sería prolijo citar á todos, copiaremos solamente los epitafios siguientes :

ESTRENUO AC INVICTO JOANNI CANO
HOC SEPULCRUM DONAT.
MŒXICANÆ ECCLESIÆ
XV. KALENDAS OCTOBRIS ANNO
MDCCCXLVIII.

ECCLESIA MEXICANA
HIC QUIESCERE DECREVIT.
JOSEPH FRONTERA
GLORIA ET HONORE CORONATUS.
XV. KALENDAS OCTOBRIS ANNO
MDCCCXLVIII.

JOANNI N. PEREZ
MILITARI GLORIA CLARO
MŒXICANÆ ECCLESIÆ.
HOC TUMULUM
DICAVIT.
XV. KALENDAS OCTOBRIS ANNO
MDCCCXLVIII.

OBIIT SED IN ÆTERNUM VIVIT
FILIPIS XICOTENCATL
HIC QUIESCENDO.
MUNIFICENTIA MŒXICANÆ ECCLESIÆ.
XV. KALENDAS OCTOBRIS ANNO
MDCCCXLVIII.

Existían también en Santa Paula los restos del Sr. Lic. D. José Eleuterio Llaca, Diputado al Congreso General por Querétaro, que falleció el 21 de Diciembre de 1844 : los del Excmo. Sr. D. Melchor Múzquiz, General de División y benemérito de la Patria, que murió el 14 de Diciembre del mismo año ; los de D. Lucas Balderas, que murió heroicamente en defensa de su país el 8 de Septiembre de 1847,

y los de D. Rafael Ramiro, General de Brigada y " primer jurante del plan de independencia en Iguala. "

¿Dónde reposan hoy tan veneradas cenizas? Lo ignoramos, y sólo de las de Doña Leona Vicario hemos podido averiguar que fueron transladadas al cementerio de los Ángeles.

De los sepulcros privados que se levantaban en medio del patio, el más notable fué el de la familia Esnaurrizar.

En los anales históricos, si es que tuvo anales, del cementerio de Santa Paula hay un suceso que de ningún modo debemos omitir, por estar relacionado con la vida de un hombre célebre.

D. Antonio Esnaurrizar, jefe de la comisaría de México en 1842, tuvo la peregrina ocurrencia de levantar en Santa Paula un monumento para depositar el pie que había perdido el General Santa-Anna en Veracruz, el 5 de Diciembre de 1838, cuando la guerra de los franceses.

Ocurrírsele el pensamiento y realizarlo, fué acto simultáneo. Esnaurrizar erigió una columna que reposaba en alta gradería, y encima de dorado chapitel colocó una urna ó sarcófago, que á su vez soportaba un cañón sobre el cual descansaba el águila de México. Cuatro inscripciones se leían en la base de la columna, y esta se hallaba rodeada de un enverjado de hierro, en cuyas esquinas se ostentaban las faces y las hachas, símbolos de los cónsules romanos.

El entierro y las honras de aquel fragmento humano, fueron risibles á pesar de su solemnidad. Hé aquí cómo las describe un escritor contemporáneo :

" La mañana del 27 de Setiembre de 1842 — dice — se hizo un brillante entierro, desconocido, para nuestros mayores, del miembro de un *hombre vivo* aún, al que concurrió, por la novedad y rareza de la función, la gente más ilustre de México, y un inmenso pueblo atraído de la novedad de este singular espectáculo. Marchó una gran parte de la procesión bajo la vela del Corpus, que no alcanzó hasta la

puerta del camposanto, y el sol fatigó infinito á la concurrencia que ya se daba al diablo con el calor insufrible. La guarnición formó valla : los sargentos cargaron la urna colocada en unas andas, y detras de ella marchó mucha infantería. La urna fué colocada por mano del Ministro de la Guerra, acompañándole el de Hacienda. Interin se practicaba esta operación, bastante arriesgada, por los andamios, y expuesta no sólo á que se quebrasen los piés, sino á que se matasen los ministros, el Licenciado *Sierra y Rosso*, apoderado y favorecido de Santa Anna, pronunció cerca de la columna y en la galería inmediata que forman los sepulcros, una oración en loor de su héroe, y remembrando sus hazañas (la cual corre impresa y me parece fuera de travesura). Concluido el acto, Esnaurrizar tomó la llave de la urna y *delante de mí* [1] la entregó á Santa Anna, haciéndole una arenga, á la que respondió éste lacónica y tibiamente..... "

Después de leer la descripción de tan ridícula ceremonia, en la que el mismo á quien se dedicó estuvo frío y descontento, los comentarios huelgan : todo ello fué obra de los aduladores.

Solamente agregaremos, como cosa curiosa, que el pueblo se burló de Santa Anna en todos los tonos posibles, y que entonces fué muy popular el siguiente acertijo, que á pesar de su forma incorrecta se debe conservar :

Es *Santa* sin ser mujer ;
Es Rey sin el cetro Real ;
Es hombre más no cabal
Y Sultán al parecer.
Qué vive debemos créer :
Parte en el sepulcro está
Y parte dándonos guerra....
¿Si será esto de la tierra
O qué demonios será ?

Y ese mismo pueblo, en la tarde del 6 de Diciembre de 1844, dió una lección severa, derribando el monumento y arrastrando por las calles *la pata* del héroe de Tampico.

1. D. Carlos María Bustamante. Poseo un ejemplar del discurso pronunciado por Sierra y Rosso. L. G. O.